



MARION ZIMMER BRADLEY

EL PRISIONERO EN EL ROBLE

Las nieblas
de Avalon

Libro IV

Última entrega de Las Nieblas de Avalon en la que Morgana, casada con Uriens de Gales y amante de su hijo Accolon, se propone derrocar a su hermano Arturo por traicionar su juramento de ser leal a Avalon. Después del fracaso de sus planes, se refugia en Tintagel donde Kevin, el Merlín de Bretaña y Mensajero de los Dioses va a buscarla para pedirle que retorne como Señora de Avalon.

Agradecimientos

CUALQUIER LIBRO de esta complejidad conduce al autor a demasiadas fuentes como para ser enumeradas en su totalidad. Probablemente debiera citar en primer lugar a mi difunto abuelo, John Roscoe Conklin, quien me facilitó por primera vez un viejo y estropeado ejemplar de la edición Sidney Lanier de *Los cuentos del Rey Arturo*, el cual leí tan repetidas veces que virtualmente lo memoricé antes de llegar a los diez años de edad. También alentaron mi imaginación fuentes varias tales como el semanario ilustrado *Cuentos del Príncipe Valiente*. A los quince años me escabullía de la escuela con mayor frecuencia de lo que nadie sospechaba para esconderme en la biblioteca del Departamento de Educación de Albany, Nueva York, leí una edición de diez volúmenes de *La Rama Dorada* de James Frazer y una colección de quince volúmenes sobre religiones comparadas, incluyendo uno enorme sobre los druidas y las religiones célticas.

En atención directa al presente volumen, debo dar las gracias a Geoffrey Ashe, cuyos trabajos me sugirieron varias direcciones para investigaciones ulteriores y a Jamie George de la librería Gothic Image de Glastonbury, quien, además de mostrarme la geografía de Somerset, el emplazamiento de Camelot y del reino de Ginebra (a los propósitos del presente libro, acepto la teoría corriente de que Camelot era el castillo de Cadbury, sito en Somerset), me guió en el peregrinar por Glastonbury. También atrajo mi atención sobre las persistentes tradiciones en torno al Chalice Well

en Glastonbury y la perdurable creencia en que José de Arimatea plantó la Santa Espina en Wearyall Hill. Asimismo, allí encontré muchos materiales que exploraban la leyenda céltica de que Jesucristo fue iniciado en la religión de la sabiduría en el templo que una vez se halló en Glastonbury Tor.

En cuanto a los materiales de la cristiandad preagustiniana, he utilizado, previo permiso, un manuscrito de circulación restringida titulado «The Preconstantine Mass: A Conjecture», del padre Randall Garret. También consulté materiales de las liturgias siriocaldeas, incluyendo el Holy Orban de San Serapio, junto con materiales litúrgicos de grupos locales de cristianos de Santo Tomás y católicos anteriores al Concilio de Nicea. Los extractos de las Escrituras, especialmente el episodio del Pentecostés y el Magnificat, me fueron traducidos de los Testamentos Griegos por Walter Breen. También debo citar *La Tradición del misterio en occidente* de Christiane Hartley y *Avalon del Corazón* de Dion Fortune.

Todo intento de recuperar la religión precristiana en las Islas Británicas se tornó conjetural, debido a los obstinados esfuerzos de sus sucesores por extinguir todo vestigio. Es tanto lo que difieren los eruditos que no me excuso por seleccionar, de entre las distintas fuentes, aquellas que mejor cumplen las necesidades de la ficción. He leído, aunque no seguido sumisamente, los trabajos de Margaret Murray y varios libros sobre Gardnerian Wicca. Siguiendo con el ceremonial, me gustaría expresar mi más sincero agradecimiento a los grupos neopaganos locales; a Alison Harley y el Pacto de la Diosa; a Otter y al Morning Glory Zell; a Isaac BoneWits y a los Nuevos Druidas Reformados; a Robin Goodfellow y a Gaia Willwoode; a Philip Wayne y al *Manantial Cristalino*; a Starhawk, cuyo libro *La Danza Espiral* logró serme de inestimable ayuda para deducir mucho sobre la preparación de una sacerdotisa; y, por su sustento personal y afectivo (incluyendo consuelos y alientos) mientras escri-

bía el presente libro, a Diana Paxson, Tracy Blackstone, Elisabeth Water y Anodea Judith, del Círculo de la Luna Oscura.

Finalmente, debo expresar amorosa gratitud a mi marido, Walter Breen, quien dijo, en un momento crucial de mi carrera, que había llegado la hora de dejar de jugar a lo seguro escribiendo a destajo por dinero y me proporcionó el apoyo financiero para que pudiera hacerlo. También a Don Wollheim, que siempre creyó en mí, y su esposa Elsie. Sobre todo, y siempre, a Lester y Judy-Lynn del Rey, quienes me ayudaron a mejorar la calidad de mi escritura, asunto siempre temible, con agradecido amor y reconocimiento. Y por último, aunque no menos importante, a mi hijo mayor, David, por su cuidadosa preparación del manuscrito final.

Prólogo

HABLA MORGANA

En mis tiempos me llamaron muchas cosas: hermana, amante, sacerdotisa, hechicera, reina. Ahora, ciertamente, me he tornado en hechicera y acaso llegue el momento en el que sea necesario que estas cosas se conozcan. Pero, bien mirado, creo que serán los cristianos quienes digan la última palabra. Perpetuamente se separa el mundo de las Hadas de aquél en el que Cristo gobierna. Nada tengo contra Cristo sino contra sus sacerdotes, que consideran a la Gran Diosa como a un demonio y niegan que alguna vez tuviera poder sobre este mundo. Cuando más, declaran que su poder proviene de Satán.

Y ahora que el mundo ha cambiado y Arturo —mi hermano, mi amante, que fue rey y rey será— yace muerto (el pueblo dice que duerme) en la Sagrada Isla de Avalon, el relato ha de ser narrado como lo fue antes de que los sacerdotes del Cristo Blanco llegaran cubriéndolo todo con sus santos.

Porque, como ya digo, el mundo mismo ha cambiado. Hubo un tiempo en el que un viajero, teniendo voluntad y conociendo sólo algunos de los secretos, podía adentrar su barca en el Mar Estival y arribar, no al Glastonbury de los monjes, sino a la Sagrada Isla de Avalon. Porque en aquel tiempo las puertas de los mundos se difuminaban entre las nieblas y se abrían, una a otra, cuando el viajero poseía la intención y la voluntad. Pues éste es el gran secreto, que era conocido por todos los hombres cultos de nuestra épo-

ca: basándonos en el pensamiento de los hombres, creamos el mundo que nos rodea, diariamente renovado.

Y ahora los sacerdotes, creyendo que esto infringe el mandato de su Dios, que creó el mundo de una vez y para siempre, han cerrado tales puertas (las cuales nunca existieron excepto en la mente de los hombres) y el camino no conduce más que a la isla de los sacerdotes, que la han protegido con el sonido de las campanas de sus iglesias, alejando toda idea del otro mundo que yace en la oscuridad. Realmente, dicen que tal mundo, en caso de existir, pertenece a Satán y es la puerta de entrada al Averno, si no el Averno mismo.

No sé lo que su Dios pueda o no haber creado. A pesar de los relatos que se narran, nunca supe mucho de los sacerdotes y nunca me atavié con la negrura de una de sus monjas de clausura. Si los de la corte de Arturo, en Camelot, decidieron así considerarme cuando llegué hasta allí (dado que siempre ostento los oscuros ropajes de la Gran Madre en su función de hechicera), no les saqué de su engaño. Y, ciertamente, hacia el final del reinado de Arturo habría sido peligroso hacerlo y humillé la cabeza ante lo conveniente, cosa que mi señora nunca hubiera hecho. Viviane, la Señora del Lago, en tiempos fue la mejor amiga de Arturo, exceptuándome a mí, y luego su más siniestra enemiga, de nuevo con mi excepción.

Mas la contienda ha terminado. Por fin pude saludar a Arturo, cuando yacía moribundo, no como a mi enemigo y enemigo de mi Diosa, sino simplemente como a mi hermano y como a un hombre agonizante con necesidad de la ayuda de la Madre, adonde todos los hombres van a dar finalmente. Incluso los sacerdotes saben esto, ya su Virgen se torna en Madre del Mundo a la hora de la muerte.

Y así yace al fin Arturo con la cabeza en mi regazo, sin verme como a una hermana, amante o rival, sino tan sólo como a una hechicera, sacerdotisa, Señora del Lago; y así descansó en el seno de la Gran Madre, de la que vino a na-

cer y en la que, al igual que todos los hombres, tendrá su fin. Y acaso, cuando conduje la barca que se lo llevó, esta vez no a la Isla de los Sacerdotes, sino a la Verdadera Isla Sagrada del mundo en tinieblas más allá del nuestro, esa Isla de Avalon a la que ahora pocos además de mi pueden ir, se arrepintió de la enemistad que había entre ambos.

SEGÚN VAYA RELATANDO ESTA HISTORIA, hablaré a veces de cosas acaecidas cuando era demasiado joven para comprenderlas, o de cosas acaecidas sin estar yo presente. Y el oyente quizás se distraerá, pensando: Ésta es su magia. Pero siempre he tenido el don de la Visión y de escrutar en el interior de la mente de hombres y mujeres. Y en todo este tiempo he estado cerca de ellos. De tal modo, que, en ocasiones, todo cuanto pensaban me era conocido de una u otra forma. Y así relataré esta historia.

Y a que un día también los sacerdotes la contarán, tal como ellos la conocían. Acaso entre ambas versiones, algún destello de la verdad pueda vislumbrarse.

Porque es esto lo que los sacerdotes no saben: que no hay nada semejante a una historia cierta. La verdad tiene múltiples facetas, como el viejo camino hasta Avalon; depende de tu propia voluntad e intenciones, adonde el camino te lleve y adonde por último arribes, si a la Sagrada Isla de la Eternidad o entre los sacerdotes con sus campanas, muerte, Satán, Averno y condenación... mas tal vez esté siendo injusta con ellos. Incluso la Señora del Lago, que odiaba la túnica de los sacerdotes tanto como a una serpiente venenosa, y con buenos motivos además, me reprendió una vez por hablar mal de su Dios.

«Ya que todos los Dioses son un solo Dios» —me dijo entonces, como lo hizo muchas veces anteriormente y como yo les he dicho a mis novicias tantas veces, como toda sacerdotisa que venga después de mí volverá a decir, «Y todas las Diosas son una Diosa, habiendo un único Iniciador.

Para cada hombre su propia verdad y el Dios que hay en el interior de ésta».

Y así, tal vez, la verdad flote en alguna parte entre el camino a Glastonbury, La Isla de los Sacerdotes, y el camino a Avalon, perdida siempre en las nieblas del Mar Estival.

Pero ésta es mi verdad. Yo, Morgana, te digo estas cosas, Morgana que en los últimos tiempos fue llamada el Hada Morgana.

Lo que ya ha sucedido

En el castillo de Tintagel habita Igraine, hermana de Viviane, Señora del Lago de Avalon, e hija de Merlín, casada con Gorlois Duque de Cornwall y madre de la pequeña Morgana.

El Duque de Cornwall, que ya ha sobrepasado los cuarenta y cinco años cuando su mujer sólo cuenta diecinueve años de edad, pasa la mayor parte de su tiempo fuera del castillo ocupado en continuas luchas contra los sajones en apoyo de Ambrosius, Rey Supremo de Bretaña.

Una tarde, Viviane y Merlín aparecen en Tintagel para comunicar a Igraine que Ambrosius está agonizando en Londinium, y que ella irá allí con Gorlois, conocerá a Uther, que será el próximo Rey Supremo, y concebirá de él un hijo que con el tiempo también se convertirá en Rey Supremo, obtendrá el apoyo de las Tribus y de los romanizados, y logrará la pacificación de Bretaña. Igraine se niega a ser infiel a su marido, a quien está agradecida por haberle permitido amamantar a Morgana durante el tiempo suficiente, a pesar del impedimento que esto suponía para la concepción del hijo que él tanto desea. Pero le aseguran que Gorlois morirá.

Se cumplen las predicciones e Igraine termina desposándose con Uther Pendragón, ya Rey Supremo, y tiene un hijo a quien llaman Arturo.

El niño sufre varios accidentes, al parecer provocados, y Viviane le aconseja a Uther que lo envíe secretamente a educarse con uno de sus caballeros. También le pide que le

dejen llevarse a Morgana para hacer de ella una sacerdotisa de la Diosa Ceridwen en Avalon.

Tras el paso de los años, Morgana ha de ir a los fuegos de Beltane, como encarnación de la Diosa y yacer con el hombre que venza al Astado, convirtiéndose en el Rey Ciervo. El joven vencedor es alto y rubio; y a la mañana siguiente, Morgana reconoce en él a su hermano Arturo. Ambos se horrorizan de la situación a que han sido llevados, y Morgana intenta enfrentarse con Viviane. Mientras tanto, muere Uther Pendragón y Arturo es aclamado Rey Supremo.

En las fiestas de la coronación, Morgana se da cuenta de que está embarazada y lo oculta, para que Arturo, que ha sido educado como cristiano, no sienta remordimientos.

Vuelve a Avalon con propósitos de abortar, pero se pierde en los bosques y tiene una extraña visión que la hace desistir.

Huye de Avalon para ir a refugiarse en casa de Morgause, la hermana menor de su madre, que está desposada con un rey del norte llamado Orkney.

Morgana permanece en la corte de Orkney hasta dar a luz a un niño, a quien da el nombre de Gwydion, en un parto difícil que la imposibilita para tener otros hijos. Durante el mismo, descubre a Morgause la identidad del padre. Una vez repuesta, deja a Gwydion bajo la tutoría de su tía y parte para Avalon; mas al llegar a orillas del Lago, no consigue convocar a la barca, trata de llegar por los senderos ocultos y se extravía, arribando al fin al país de las hadas donde pierde la noción del tiempo.

Mientras tanto, Ginebra, enamorada de Lancelot desde su primer encuentro, se ve obligada a desposarse con Arturo, aportando a su matrimonio, como regalo de bodas de su padre, el Rey Leodegranz, una gran mesa redonda.

Los embarazos de Ginebra se frustran uno tras otro, haciendo que se inicie en ella el temor de ser incapaz de dar a luz un heredero.

Los sajones se reúnen para atacar y son vencidos por Arturo y sus Caballeros en la gran batalla de Monte Badon, a la que concurren sin portar el estandarte del Pendragón. Tras el gran triunfo, la paz se extiende por toda Bretaña.

Pero Ginebra sigue sin descendencia y Arturo, que no sabe que es padre, piensa en la posibilidad de ser la causa, y le propone a la Reina, después de que los tres han bebido mucho en una fiesta que coincide con los fuegos de Beltane, que yazca con Lancelot.

El reino de Lothian es regido por Morgause, ya viuda, con la ayuda de su hijo Agravaine, Gwydion permanece allí como adoptado y, según va creciendo, se acentúa su parecido con Lancelot. Un día Viviane y Kevin, que dada la avanzada edad de Taliesin es el nuevo Merlín de Bretaña, visitan el castillo. Les acompaña una joven sacerdotisa llamada Niniane, y les lleva el propósito de conducir a Gwydion a Avalon, para que se eduque como un druida con el propósito de prepararlo para que pueda suceder a Arturo, a quien consideran traidor a Avalon.

Mientras tanto, Morgana habita en Camelot donde va a celebrarse la gran fiesta de Pentecostés. En la víspera, llega Kevin, que ahora es su amante, de vuelta del viaje a Lothian, con la misión de pedirle a Arturo que respete el juramento hecho a Avalon o devuelva la espada Excalibur. Al negarse Arturo, Viviane decide presentarse en la fiesta de Pentecostés para, según el uso de reciente implantación, exponer el caso y pedir al propio Rey Supremo que imparta justicia. Antes de que logre hablar, Balin, que está resentido con ella porque cree que ha asesinado a su madre, le da muerte arrojándole un hacha que se clava en su cabeza y, con la aquiescencia de Kevin y aunque Morgana se opone, es enterrada en tierra cristiana. Niniane, por la ausencia de Morgana y a pesar de que no es adecuada para ello, se convierte en la Señora de Avalon.

En Camelot, Elaine, prima de Ginebra, confiesa a Morgana su amor por Lancelot, y ella promete ayudarle a que

se despose con él, poniéndole como condición, que, de tener una hija, ha de entregársela para que sea destinada al servicio de la Diosa en Avalon.

Libro cuatro
EL PRISIONERO EN EL ROBLE

I

En las lejanas colinas de Gales del Norte, la lluvia había estado cayendo día tras día, y el castillo del Rey Uriens parecía sumido en nieblas y humedad. Los caminos estaban cubiertos de barro hasta la altura de los tobillos de un hombre; los arroyos, crecidos hasta parecer ríos, descendían en rápidos desde las montañas, y una gélida humedad atenazaba la campiña. Morgana, abrigada con una capa y un grueso chal, sentía los dedos rígidos sobre la lanzadera mientras la hacía pasar por el telar. De súbito se sobresaltó, dejando caer la lanzadera de sus frías manos.

—¿Qué sucede, madre? —preguntó Maline, parpadeando a causa del agudo ruido que resonó en el silencioso salón.

—Hay un jinete en el camino —dijo Morgana—. Hemos de aprestarnos para recibirlo. —Y entonces, observando la inquieta mirada de su nuera, se maldijo; de nuevo se había permitido caer en el semitrance que la labor de las mujeres le producía siempre. Había dejado de hilar hacía mucho tiempo, pero tejer, trabajo con el que disfrutaba, no le había parecido peligroso si conservaba el control de sus sentidos y no se dejaba llevar a la somnolienta monotonía semejante al trance.

Maline la estaba mirando de aquel modo entre cauto y exasperado que las inusitadas visiones de Morgana provocaba siempre. No era que Maline creyese que hubiera nada